

Tomado rojan



LAS ESCUELAS PARROQUIALES.

FIESTA

DE LA

SOLEMNE DISTRIBUCION DE PREMIOS

ENTRE SUS

MAS AVANTAJADOS ALUMNOS.



INFORME,

Discurso alusivo y composiciones poeticas,

LEIDOS

en la misma solemnidad, el 22 de Agosto

DE 1886.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Valdez

GUADALAJARA.

IMPRESA DE N. PARGA, CALLE DEL SEMINARIO,
NUM. 26.

BV1475
F5
c.1

4889

U

ÓNOMIA

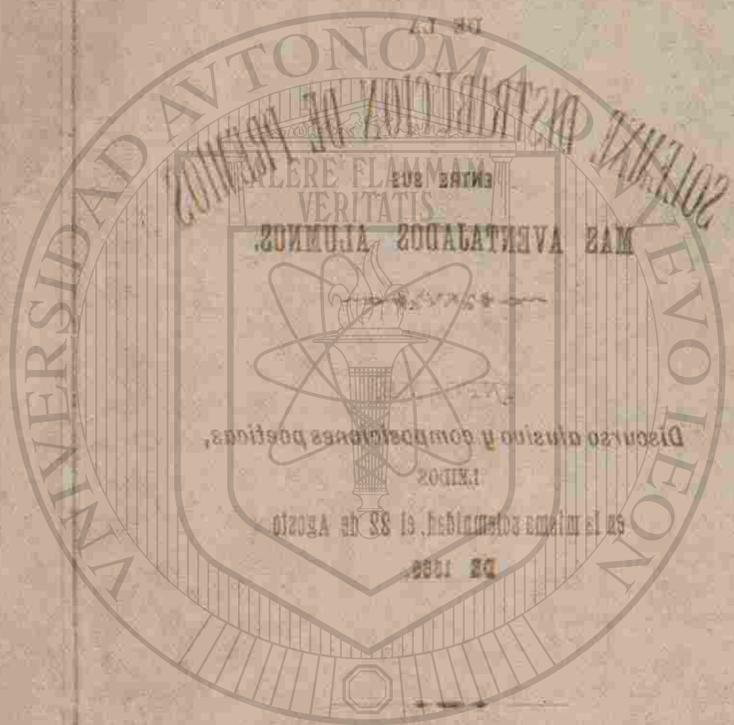
ERAL DE

BV1475

F5

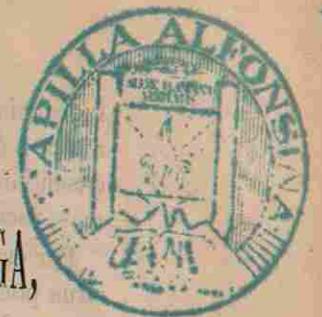
c.1

4889



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INFORME
DEL SR. PRESIDENTE,
CANONIGO D. FLORENCIO PARGA,
sobre el estado
DE LAS ESCUELAS PARROQUIALES.



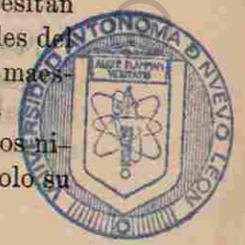
FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ILLMO. SEÑOR:
SEÑORES:

Es harto embarazoso y difícil para mí el tener que hablar sobre un mismo asunto cada año, en la solemne distribución de premios á las Escuelas Parroquiales, establecidas desde 1874. Embarazoso, porque quisiera no cansaros con repeticiones de lo dicho en otros años, ni con un informe monótono y casi rutinario, como tiene que ser, quíerase ó no, el Informe sobre escuelas de primeras letras.

Aliéntame, sin embargo y mucho, la convicción de que el respetabilísimo y muy ilustrado auditorio ante quien me hallo, vé con suma complacencia cuanto se relaciona con esos pequeñuelos, cuanto se le diga sobre los trabajos y esfuerzos de esos niños por adelantar en el comienzo de su carrera, en ese su primer campo de fatigas y de infantiles triunfos: la escuela, la escuela que está abierta para abrigarlos como en un asilo sagrado, precaverlos de los peligros que corren en un mundo que aun no conocen y llevarlos de la mano como necesitan sus pasos vacilantes, hasta dejarlos en los umbrales del templo del saber, donde serán recibidos por otros maestros, los sacerdotes de ese propio augusto templo.

Aliéntame, sí, el saber muy bien que amais á los niños con todo el amor que hácia ellos inspira, no solo su



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
004089

42054

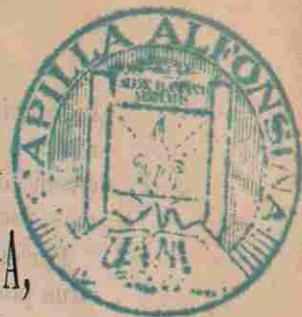


1080026802



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

INFORME
DEL SR. PRESIDENTE,
CANONIGO D. FLORENCIO PARGA,
sobre el estado
DE LAS ESCUELAS PARROQUIALES.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ

ILLMO. SEÑOR:

SEÑORES:

Es harto embarazoso y difícil para mí el tener que hablar sobre un mismo asunto cada año, en la solemne distribución de premios á las Escuelas Parroquiales, establecidas desde 1874. Embarazoso, porque quisiera no cansaros con repeticiones de lo dicho en otros años, ni con un informe monótono y casi rutinario, como tiene que ser, quíerase ó no, el Informe sobre escuelas de primeras letras.

Aliéntame, sin embargo y mucho, la convicción de que el respetabilísimo y muy ilustrado auditorio ante quien me hallo, vé con suma complacencia cuanto se relaciona con esos pequeñuelos, cuanto se le diga sobre los trabajos y esfuerzos de esos niños por adelantar en el comienzo de su carrera, en ese su primer campo de fatigas y de infantiles triunfos: la escuela, la escuela que está abierta para abrigarlos como en un asilo sagrado, precaverlos de los peligros que corren en un mundo que aun no conocen y llevarlos de la mano como necesitan sus pasos vacilantes, hasta dejarlos en los umbrales del templo del saber, donde serán recibidos por otros maestros, los sacerdotes de ese propio augusto templo.

Aliéntame, sí, el saber muy bien que amais á los niños con todo el amor que hácia ellos inspira, no solo su



Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria

004089

42054

BV1475
F5

2

inocencia y las naturales gracias de su edad, sino con el amor, o diré más bien, con la ardiente caridad que os enseñó Jesucristo con su ejemplo y sus dulcísimas máximas, recogidas en su Evangelio.

Por eso ya no vacilo en informaros lo que, para espíritus poco cristianos é irreflexivos, y nunca para vosotros, podrían parecer pequeñeces y cosas de ninguna valía, á saber: que esos pobrecillos, en su generalidad hijos del pueblo, y por lo mismo muy dignos de nuestro amor y conmiseracion, tienen ya en su alma, tan cándida y pura como los ángeles, depositado el gérmen precioso de la escuela parroquial; es decir, primero y sobre todo, la idea religiosa, la fecunda simiente de todas las virtudes y todos los bienes, el conocimiento, siquiera sea muy elemental, de la doctrina cristiana.

Es de verse, señores, cómo esos rapazuelos cuando apenas pueden balbucear las palabras de nuestra hermosa lengua, ya proponen á quien quiere oírlos, las gravísimas cuestiones de su Catecismo; cuestiones que nunca alcanzaron, ó que, á fuerza de estudio, solo bismbraron los más renombrados filósofos de la antigüedad; cuestiones y respuestas que hoy aprenden, si se quiere inconscientemente esos niños; pero que mañana meditarán y les servirán de clave indefectible y clara, para resolver los más grandes y espinosos problemas sociales, que hoy agitan al mundo y aturden é infunden pavor á los mismos hombres que han creado esta espantosa situación, predicando el abandono de las enseñanzas de la Iglesia católica, y para cuyos aterradores problemas, en vano buscan, porque no tienen la fuerza del Catolicismo, solución posible.

¡Qué lecciones las de la justicia divina! ¡Cuán cierto es que: "El que habita en los cielos se burla de la llamada sabiduría humana, que arroja léjos de sí, el yugo del Cristo del Señor." ¡Qué verdad tan palpable la de esta

3

sentencia de la Santa Escritura: "Has escondido estas cosas, oh Dios, á los sábios y á los prudentes y las revelaste á los párvulos." El niño católico sabe más en punto á la salvacion de la sociedad humana, que el hombre de Estado, que en su hinchada ciencia niega á Dios y sus obras!

Sin Religion, sin el reinado social de Jesucristo, parecen las naciones. Es esa una verdad y una ley de la historia; verdad que cada dia se hace más y más evidente, si puedo decir así, más experimental y tangible. Y la sabe el niño, y la repite y la publica como un ángel de Dios y quizá en su nombre, como un órgano de su infinita misericordia; y la ignoran ó la desconocen los grandes hombres del siglo....!

Acabo de ver, señores, las siguientes luminosísimas palabras de los obispos católicos de Inglaterra, en una Pastoral colectiva que poco há publicaron y que comprueba lo que vengo diciendo: "La educacion sin el Cristianismo no existe, dicen, ó, para usar de una moderna frase, los factores de la educacion secular y religiosa, son de todo punto inseparables. La educacion es esencialmente religiosa, y por consiguiente ahí en donde la religion es eliminada de la enseñanza, ahí no hay educacion ninguna. Ateneos á la vieja tradicion y á los axiomas de nuestros antepasados. Las escuelas sin religion, podrán dar instruccion; pero educacion jamás. Eso podrá llamarse, si gustais, instruccion nacional; pero ante el Cristianismo, no puede llamarse eso educacion. Y no solamente es imposible educacion sin religion, sino que aun esa misma instruccion sin religion, es una instruccion sin moralidad. Alumnos á quienes no se enseña la moralidad, no pueden ser morales; y la moral cristiana, pues no hay otra, no puede ser enseñada sin la religion. Porque, ¿qué es moralidad, sino la ley del deber, la cual arranca de nuestras personales relaciones



UNIVERSIDAD DE SALAMANCA
BIBLIOTECA DE LETRAS Y CIENCIAS

UNIVERSIDAD DE SALAMANCA



Capilla Alfonso
Biblioteca Universitaria

hacia Dios y hacia nuestros semejantes? ¿Y cómo es posible enseñar esa ley del deber, sin el conocimiento de las personas hacia las cuales versan y existen esas propias relaciones? Para conocer esto, es de todo punto necesario que la religion cristiana sea enseñada en las escuelas. La moral cristiana no puede enseñarse sin el conocimiento de Cristo, y esto envuelve forzosamente el conocimiento de su historia, de su doctrina, de sus mandamientos, de su Encarnacion, de su Personalidad divina y del origen y destino del hombre redimido. Y todo esto, ¿qué es sino el dogma? ¿Qué es, sino la religion cristiana?—Es, por tanto, evidente, que la escuela donde no se enseña religion, no se enseña tampoco la moralidad; y ahí donde no se enseña la moral, el corazon, la conciencia y la voluntad de los niños, no están educados para el deber, ni para afrontar los terribles contratiempos de la vida. ¿Puede haber una cosa más falsa, más funesta para el hombre, para la familia y para el Estado, que llamar á eso educacion?.....

Tengo, asimismo que informaros, señores, que si el corazon del niño es visto por la escuela parroquial como un depósito sagrado que Dios le confía, como una hermosísima flor de los vergeles del cielo, para que cuide, como en efecto cuida, con todo esmero, de su blancura, de su pureza y de su lozanía, tan fáciles de mancharse ó marchitarse, y haga nacer en ella el suavísimo aroma de las virtudes; no por eso es visto en la propia escuela, con poco cuidado ó indiferencia, ese otro magnífico don del Altísimo á sus criaturas, salidas de sus manos á su imagen y semejanza: la inteligencia.

Apénas empieza á desarrollarse ese destello de Dios en los niños, la razon, cuando la escuela parroquial les muestra, con el mejor éxito y valiéndose de mil ardides, (dejadme decir así) como inventa el sistema objetivo, que no es tan trabajoso y pesado, al decir de los perezosos

y como parece á primera vista, aprender y practicar las más importantes operaciones de los números y del cálculo, ó plantear y resolver los más trascendentes problemas del Algebra y de la Geometría. ¡Ah, y cómo es grato, y cómo se siente uno con deseos de batir palmas al ver á esos pequeños matemáticos, á esas niñas de diez á doce años, manejar con gentileza y maestría, y con la gravedad que el caso demanda, el lápiz y la regla, y el compás y la escuadra, y engolfarse su alma infantil en busca de la incógnita, y prorumpir al fin en un *Eureka*, en un: "*Señor, está resuelto el problema.*"

¡Y cómo es acreedor á todos nuestros elogios el profesor ó profesora que con una paciencia ejemplar logra persuadir é interesar á sus naturalmente inquietos discípulos, á que viajen juntos por toda la redondez de la tierra, para mostrarles en un momento y corriendo con más velocidad que el vapor, sobre el mapa-mundi, inmensos continentes, á fin de que conozcan y den razon á quien quiera, de todo lo que hay de más grande sobre nuestro globo: de sus cordilleras de altísimas montañas, sus lagos, sus rios, sus mares, sus soberbias ciudades, sus monumentos, sus pirámides de granito!

No son estos, señores, vuelos de mi imaginacion: así pasan de verdad las cosas; y casi todos los que me escuchan, pueden dar testimonio de que esos niños frente á un mapa, ó sobre una esfera, cuentan las maravillas de nuestro planeta y unen su voz con las estrellas del firmamento, para cantar las glorias de Dios; y de que la enseñanza en las escuelas parroquiales, no desdice de la de las mejores escuelas de esta ciudad, que siempre ha tenido por todo el país, gran renombre, á causa de sus establecimientos de instruccion y sus adelantos científicos. Me glorío, pues, de decirlo: gracias sean dadas á la Providencia que bendice siempre las obras de la Iglesia Católica.

Doce años hace que se abrieron las primeras es-

escuelas, sin tener en cuenta ni las penurias de la propia Iglesia, ni la eventualidad de los recursos para lo futuro; y sin embargo, esa misma Divina Providencia ha hecho que se abran año por año, nuevos establecimientos y que hoy sean ya diez y seis los que están bajo la inmediata inspección de esta Junta que me honro de presidir; sin contar, porque de ellos nada me toca informar, muchos otros que se hallan en casi todas las parroquias de la Arquidiócesis, bajo el cuidado, la protección y á expensas, no pocos, de celosísimos curas. Plegue á Dios que se multipliquen más y más estos planteles, no sólo aquí, sino en todo nuestro país, como se multiplican por todo el orbe católico!

No tiene duda. Cada día son una necesidad universal, de las más imperiosas y apremiantes, una necesidad de tal trascendencia que, una vez ampliamente cubierta, á ella se deberá en gran parte la salvación de la sociedad moderna.

Así lo comprenden los enemigos mismos de la Iglesia y de todo orden social. Por eso todos sus esfuerzos tienden á corromper y á descatalizar á la niñez y á la juventud. De ahí ese empeño en abrir por todas partes la escuela láica, de cuyos libros se borra hasta el sacrosanto nombre de Dios, como acaban de hacerlo los gobernantes masones de Francia, y en cuyos libros se siembran en cada página, las máximas más subversivas é inmorales, á fin de que, aprendidas por el niño de hoy, el hombre de mañana las ponga en práctica, y ébrio de sensualidad y armado de la barreta de la tea ó de la dinamita, y azuzado por la palabra incendiaria de los tribunos de la plebe, se declare en huelga para ir á volar el trono y el altar, los palacios de la industria y el trabajo y las propiedades de los particulares, hasta que no quede piedra sobre piedra de cuanto hoy es la vida, la fuerza y la gloria de las naciones.

¡El caos, la disolución completa, la barbarie y la muerte! Hé ahí á donde anhela llevar al mundo, la escuela que hoy día está frente á frente de la Iglesia y de la escuela católica.

Se libra entre ellas, en estos momentos históricos, como hoy se dice, en esta hora solemne, una tremenda lucha, y es preciso que una de las dos escuelas sucumba.—Y bien, señores, no sucumbirá, no, la escuela católica. ¿Por qué? Porque ahí están diez y nueve siglos diciendo que luchas quizá más recias y tremendas no han logrado conmoverla ni abollar siquiera su escudo de guerra; y principalmente porque ahí está en las alturas de los cielos Aquel que un día dijo á la escuela, ó más propiamente á la Iglesia católica: "Yo estaré contigo hasta la consumación de los siglos."

Y en esta cruzada del pensamiento, del principio católico, ¿quién creéis, señores, que presta y está llamada á prestar siempre, la mejor ayuda á la Iglesia? La mujer! La doncella, la esposa y la madre cristiana! La mujer, sí, es una gran potencia, quizá la mayor fuerza humana que se conoce. ¡Qué gloria para ella! Sabe instintivamente que el día que no esté bajo la égida del Catolicismo, el hombre volverá á verla como en los tiempos de la antigua Roma, como una esclava, como un mueble de lujo, cuando más, que lanzará á los cuatro vientos, cuando le fastidie ó se acabe el brillo de su hermosura y de su juventud; y por eso en la actual lucha de vida ó muerte entre el principio católico y el anticatólico, se une ella en apretadas filas, á la bandera de la Cruz que aquel empeña, y defiende con todo el ardor de su corazón, su dignidad, sus derechos cristianos, su lugar prominente, como el de una reina, en las sociedades católicas; y por eso la veis por todas partes ejerciendo cierto sublime apostolado: en el hogar, formando el corazón de sus hijos y reteniendo con dulces lazos en el buen camino á

su esposo; en el templo, cubriéndose para luchar las luchas del Señor con la fuerte armadura de la oracion y de toda virtud; en el hospital, ó en la accesoría del proletario, consolando y socorriendo al enfermo y al menesteroso, convirtiendo al incrédulo con solo hablarle de la dulcísima María, Refugio de pecadores, y del Buen Jesus, cuyo corazon es todo amor y perdon para las ovejas extraviadas. Y por fin, la veis en la escuela, donde, rodeada de niñas de todas clases, pero especialmente de la clase pobre, consume sus mejores años, sin perdonar ninguna fatiga, en formar aquellos tiernos corazones para la virtud, inspirándoles inmenso amor á la Religion, que ha engrandecido y salvado al débil devoto sexo; no sin cuidar al mismo tiempo de instruir á sus discipulas en cuantos ramos forman, hoy dia, la educacion de la mujer, para la cual quiere la Iglesia católica todo lo mejor, todo progreso bien entendido, no eliminando, sino lo que es impropio de su sexo y la hace descender del trono sobre que la ha colocado el Cristianismo.

Artera y pérfidamente le dice la escuela anticatólica que le trae su emancipacion, que viene á librarla de las trabas que le imponen la religion y la moral cristiana, para que obre y discorra en público como libre-pensadora, y aspire á ganar con el tiempo lo mismo que cualquier varon, una curul en las Cámaras, una banda en el ejército, una toga en la magistratura, ó cuando ménos un título de profesora en la escuela de Cirujía ó de Jurisprudencia.

Eso, señores, que hoy se le dice á la mujer, lo prueba la escuela católica, por absurdo é insensato, y la vé con soberano desdén la preceptora de la escuela parroquial, lo mismo que toda jóven honesta; porque comprende con su admirable penetracion que se le adula para perderla, que se le quiere sacar de quicio halagando con torcidas miras su vanidad, para acabar con

su poderosa influencia moral; comprende que se trata de hacerle una sangrienta burla, trasformándola en hombre; que se intenta enmendar la obra de la naturaleza, la obra de Dios, el cual dió á la compañera del hombre una mision verdaderamente sublime y santa, no ridícula é imposible, como la que hoy quieren darle sus redentores de nuevo cuño.

Continuad, pues, oh niñas que me escuchais, siendo lo que hasta aquí, dóciles á la enseñanza de la escuela parroquial, fieles hasta la muerte á la religion de Jesucristo, dignas de merecer en todo tiempo el título glorioso que os ha dado la Iglesia: *el de devoto sexo femenino*.

Vuestro verdadero Redentor os ha dejado un modelo perfectísimo que imitar, y una defensora vuestra más fuerte que un ejército en orden de batalla: la Virgen María Madre de Dios. Ella es vuestro divino prototipo: sea cual fuere la suerte que Dios os depare en lo futuro; en cualquier condicion que vivais en el mundo, en Ella que es la Virgen por excelencia, la Reyna de las Vírgenes, y tambien la Esposa y Madre de un Dios, hallareis virtudes tan grandes que imitar, tantos consuelos que recibir, tantas gracias que alcanzar, cosas tan extraordinarias, tan bellas y celestiales que aprender, que no lo dudeis, aunque os quedeis muy léjos de pareceros todavía, porque no puede ser de otro modo, á ese modelo incomparable y sin igual, sereis, no obstante, joya de inmensa valía á los ojos de los hombres, y almas bellas y dignas de perenne premio, de gloria y de amor sin fin, á los ojos de Dios.

HE-DICHO.

EN LA SOLEMNE
Distribucion de Premios

A LOS ALUMNOS

DE LAS ESCUELAS PARROQUIALES.

Estas vistosas galas,
Este coro de notas melodiosas
Que al aire agitan sus acordes álas
Cual bandada de alegres mariposas;
Este ambiente de dulce bienandanza
Que qui respira el pecho fervoroso;
Esta bella esperanza
Que se alza en horizonte esplendoroso,
En todo corazon ardor despiden,
Demandan un cantor, un canto piden!

LÓPEZ-PORTILLO Y ROJAS.

Pobre cantor! que de mi ronca lira
Sólo gemidos de dolor arranco,
Hoy, restañando mi profunda herida,
Canto la ciencia, sus grandezas canto.

Lira..... cantad! que ya la inteligencia
En el cielo se cierne de la idea,
Cantad los triunfos de esplendente ciencia,
Mas no los triunfos de la ciencia atea.

Cantar.....! sí, cantaré. Magüer el llanto
Mi corazon doliente martiriza,
Yo ocultaré mi tético quebranto
Con el ropaje de fingida risa.

Todo en redor perfumes y poesia,
El éter vibra y sin cesar se agita
Comprimido por notas musicales;
Todo es animacion, luz, armonía,
Y en cada pecho el corazon palpita.....
Sí, cantaré. Olvidaré los males,
Que de mi lira la cadencia impiden,
De la niñez los triunfos inmortales
"Demandan un cantor, un canto piden."

Como águila caudal la inteligencia
Se remonta atrevida en rauda vuelo,
Y examina. y descubre con anhelo
Tanta verdad oculta de la ciencia.
De la verdad el áspero camino
Tiene escombros, espinas y tinieblas,
Mas de la ciencia el resplandor divino
Disipa con su luz las densas nieblas.

Y sigue la razon, y avanza, avanza,
Con la luz de la ciencia caminando;
Mas llega á un punto..... ¡oscuridad completa!
La antorcha que la guiaba es impotente
Y á disipar la oscuridad no alcanza.

Tinieblas nada más, aquella llama
Cintila moribunda, entristecida,
Y entonces la razon desfallecida
En su inquietud exclama:
¡Cuán escasa es la luz de humana ciencia!
Y dobla la cerviz la inteligencia.
¡Adelante! ¡Aquí estoy! ¡Avanza! ¡Avanza!
La fé le dice á la razon del hombre
Y entonces la razon, oh! no os asombre.

Unida con la fé, vuela y se lanza
 Más allá de su estéril hemisferio,
 Hasta el trono de Dios, donde contempla
 Los profundos arcanos del misterio.

El libre-pensamiento,
 Que en este siglo sus victorias canta,
 Y en dios convierte la razon mezquina,
 El mismo, á su pesar, sobre su ruina,
 Un altar más para la fé levanta.

El libre-pensador, que en su locura
 Quiere escalar la inmensurable altura,
 Cuando la fé su resplandor asoma,
 Nuevo Icaro atrevido se desploma.

Niños que me escuchais, esta es la ciencia:
 La que os habla de Dios, de sus amores,
 La que, unida á la fé, con sus fulgores
 Engrandece la humana inteligencia.

Os hablarán de ilustracion, progreso;
 Mas no de religion que el alma mueve,
 Y de entusiasmo en su febril exceso
 Harán un dios del siglo diez y nueve.
 Amantes —os dirán— del retroceso,
 Esclavos del nefando oscurantismo.
 No os engaños, que sólo el Cristianismo
 Tiene la fé, la ciencia y el progreso.

Y tú, santo Pastor, tú, noble anciano,
 Que ostentas en tu frente venerable
 La corona del mártir perseguido,
 Y la aureola triunfal del que ha vencido;
 Tú serás inmortal, porque has amado
 La juventud que, henchida de alegría,
 Himnos triunfales al saber levanta.
 Oh! tiernos niños, mi cerebro arde
 Por una idea tenaz que me extasía!
 Como me embriaga y á la vez me encanta

El pensamiento: que sereis más tarde
 Los defensores de la Iglesia santa,
 Los grandes héroes de la patria mia!

El siglo marcha y el error avanza,
 Ríndese á un Hugo un culto soberano
 Que, el descreido en su furor insano,
 Al mismo Dios de tributar desdeña;
 Pero ¡adelante! dice la esperanza,
 Que no muy tarde, juventud naciente,
 Sobre las ruinas de impiedad nefanda
 Del Cristianismo flameará la enseña.

¡Hora de bendicion, yo te presento!
 ¡Ya no del mónstruo del error vetusto
 El rayo destructor resuene y vibre!
 ¡Menguada libertad de pensamiento. . . .!
 ¡Un paso atrás! ¡Dejad el campo libre!
 ¡Triunfe de religion la hermosa idea!
 ¡Abajo el trono de la ciencia atea!

JUAN S. CASTRO.

DISCURSO PRONUNCIADO

ALERE FLA POR EL SR LIC.
VERITATIS
D. AGUSTIN G. NAVARRO

ILLMO. SEÑOR:

SEÑORES:

Las principales fuentes de la civilización de los pueblos son, cuando están unidas en íntimo consorcio, la Cátedra sagrada y las Escuelas; éstas, ilustrando la inteligencia de los niños con las verdades primordiales, base del edificio de los conocimientos humanos, y aquella difundiendo los deberes luminosos de la Religión en la muchedumbre degenerada.

La ilustración del hombre puede muy bien decirse que comienza en la primera oración que aprende en la infancia, de los labios maternos, para elevar su espíritu al Creador en sus plegarias inocentes; y en la Escuela, tanto por ser su esfera más dilatada que la del hogar, como porque el niño tiene mayor perspicacia, á causa de su natural desarrollo, la trascendente ilustración que principia en la familia, se ensancha á medida que el conocimiento de los deberes es más perfecto, y su práctica más fácil y segura.

Así como las principales obligaciones de un padre, en cuanto á la vida racional de sus hijos, son hacer que éstos vuelvan la vista hácia su divino origen, Dios, reconociéndole como el sublime término de su final destino, y encargar de sus conocimientos ulteriores á un profesor cristiano, así tambien hay en éste la obligación imperiosísima de encaminarlos por la florida senda de la verdad y el bien, haciéndoles de su mismo corazón el ángel de guarda que los ayude á vencer la atracción satánica del error y el vicio. Sí; el profesor tiene que impartir una enseñanza recta á las tiernas inteligencias de quienes es custodio, como representante de los padres que le confían el tesoro inestimable de sus hijos. ¡Noble misión de los que enseñan, que eleva el profesorado á la categoría de santo sacerdocio! ¡Venturosa niñez teniendo por guía tan sublime apostolado que la ofrece los amantes brazos de la insignia del Calvario, como á la hija predilecta de Jesus.!

He dicho, señores, que la Cátedra sagrada y la Escuela, estando unidas en íntimo consorcio, son las principales fuentes de la civilización de los pueblos: por inconcusa que sea esta verdad para vuestra elevada inteligencia, me permitiré esplayar procurando vencer el temor que hiela mi ánimo.

Más no hablo de civilización como los apologistas de las *divinidades modernas*, quienes bastardeando el genuino y elevado sentido de esa palabra, la traducen del silbo de las locomotoras y del estruendo de los martillos del taller: de esa civilización por el espíritu del siglo pregonada, que altamente se gloria de fundir en el flámero lúgubre de la impiedad las suavísimas cadenas de la fé, para volar desencadenada engendrando con sus giros inciertos el torbellino de los desastres populares que señalan su terrible existencia con lágrimas y ruinas; que, fecunda en vicios, levanta cadalzos y enciende ho-

gueras para sacrificar víctimas tan inocentes como la virtud y el mérito, y que, si hubiera logrado entronizarse en el mundo, ha tiempo que la tierra sería una inmensa cripta y la humanidad un cadáver. . . . Nó, y mil veces nó: hablo de la civilización que modesta y humilde apareció en el mundo hace diez y nueve siglos, demarcada por la austeridad, herida por el cilicio, cuya cuna fué un pesebre y su autor un divino Mártir; que, reconociendo á Dios como principio y fin del hombre, y estrechando con el dulce vínculo de la caridad á la gran familia humana, despliega en concierto armónico los elementos que ésta encierra en su fecundo sér, subordinando el cuerpo al espíritu, lo material á lo moral; que exhibe sus conquistas á la esplendente luz del Cristianismo y conduce á la humanidad en progresión creciente de conocimiento y amor sagrados, á la visión beatífica del Arquetipo de toda perfección: hablo, en fin, de la civilización bendita que principiando en las oraciones del niño y desarrollándose en la Escuela católica, moraliza las costumbres, salva las sociedades y se dilata y perfecciona más allá de la tumba.

Y bien: el hombre, miserable juguete de esos génius incansables llamados pasiones que lo empujan á los abismos de una noche eterna; el hombre, sin más luz en su gigante cerebro que la macilenta y trémula de su mezuquina inteligencia; el hombre, informe crisálida que necesita del intenso calor del Cristianismo para romper la asquerosa cárcel de sus miserias; y, convertido en mariposa, volar despues por los espacios infinitos robando al sol su luz para el íris de sus brillantes álas, y regando en su camino el oro y el azul de sus matices. . . . ¿sería capaz por sí solo para dar á la civilización el carácter divino que la corresponde, el sublime ideal que la inmortaliza, el santuario espléndido que la sirve de asilo, ó siquiera una blanca perla de las bellísi-

mas que palpitan en su imperial diadema; él, pobre mendigo que sólo tiene lágrimas y polvo para amasar el pan de sus miserias; él, que sin la luz sobrenatural es el ciego de la creación y el cadáver de la vida? Imposible! Jamás podrá, aunque le ha aguen sueños de omnipotencia á la vista de las falsas maravillas que forja, salvar con sus mezquinas álas el abismo que separa lo finito de lo infinito, su brillante mendicidad vestida con vanos oropeles, de la felicidad perfecta hija de la civilización.

En verdad. La Escuela considerada en sí misma, es el pequeño y nebuloso recinto donde el hombre abandonado á sus propias fuerzas, lucha por descifrar enigmas que lo persiguen con su tentador misterio, é impiden que sus ávidas miradas penetren hasta el fondo inescrutable donde tiembla la luz de la verdad agitada por el beso del Eterno.

La Escuela es el defectuoso cúmulo de conocimientos que á costa de mil afanes y despues de incontables dias ha podido el hombre atesorar.

La Cátedra sagrada es el conjunto de las doctrinas sobrenaturales con cuya luz Dios se dignó disipar las sombras del caos en que la humanidad gemía angustiada por el golpe de su criminal caída: es el hermoso íris que apareciendo en el firmamento del alma, serenó fácilmente la tempestad de la conciencia: es la columna de fuego que guía á la humanidad por el desierto del mundo hasta dejarla bajo el cielo esplendente de la tierra de promisión.

En la Escuela que nombrar pudiéramos independiente, por más que el hombre se llame libre, es un vil esclavo de sus errores, y su mayor dicha consiste en que cruce su semblante el látigo de las pasiones.

En la Cátedra sagrada el espíritu se mueve libremente por ilimitados horizontes, dominando los ciegos im-

pulsos de la materia con el vigor que le comunican las virtudes: las sublimes doctrinas que de ella emanan permiten al hombre que ejecute la obra del progreso encarnada en las maravillosas trasformaciones de la materia; pero le mandan que no se consagre únicamente á esas efímeras creaciones que solo dejan á los pósteros una huella de su mano vanidosa, sino principalmente á las obras imperecederas de la virtud y la ciencia perfectas que burlan las tristes condiciones de lo que pasa y se olvida, y son el timbre perdurable del espíritu inmortal.

Señores: formar, pues, de dos rayos un destello, unir en un mismo foco la luz natural de la Escuela con la divina de la Cátedra sagrada, es lo mismo que alumbrar la marcha tranquila de las sociedades con el astro sin menguante de la verdadera civilización.

Que los sabios mentores de la niñez, vivifiquen la bella inteligencia de su dócil educanda con los fecundos gérmenes de la sabiduría cristiana, enciendan el sacro fuego de las virtudes en su tierno corazón, y la niñez será mañana la Judit valerosa que movida por inspiración celeste aniquile al temerario que levante sus pendones contra el ejército de Dios.

La sociedad cristiana, con su Dios único, sus leyes eternas de caridad, amor y justicia, su unidad y armonía en el fondo de infinitos elementos, su Moral y Religión, su universal Iglesia y Pontificado augusto, es, en el espacio de los siglos, un árbol de espléndida silueta que roza los cielos; y entre cuyas frondas bienhechoras descansan los espíritus creyentes: árbol que trasplantedo de este mundo por los ángeles, despues de la resurrección de la carne, pasará glorioso la región de las estrellas, y lucirá en el paraíso la eterna lozanía de su primavera inmortal.

El Ilustrísimo Pastor de nuestra Arquidiócesis, cumpliendo la necesidad ingente de impartir á la niñez la

instrucción católica, único ariete que resiste los funestos y rudos ataques de la Escuela sin Dios, única arma bastante poderosa para vencer al liberalismo y su implacable séquito de bastardos hijos, ha criado hace mucho tiempo y sostenido con esplendor hasta el presente, numerosas Escuelas Parroquiales, á donde niños de ambos sexos acuden en elevada y cada vez más creciente cifra á prepararse con esa arma y ese ariete; porque *Atila está á las puertas*, y la lucha que deben sostener para conservar su Religión y su Patria, muy pronto iniciará para ellos su estruendo aterrador.

Muy bien comprende su Venerabilísima Señoría que los niños del presente son los obreros del porvenir; que la Escuela debe ser un vivo reflector de la luz divina que el Espíritu Santo perennemente difunde sobre la Cátedra Sagrada; que esa eterna luz es la única que ilumina los escarpados senderos de la humanidad en su peregrinación por el mundo, y su tránsito glorioso para el cielo; y á fin de alejar á los obreros del porvenir, de las escuelas oficiales, en donde si bien es cierto que se aprende la ciencia de los números, no lo es ménos que se *ignora oficialmente* cuál es la Unidad por excelencia, principio y fin de los séres y de las operaciones humanas; ha establecido las Escuelas Parroquiales, de cuyo seno constantemente surgen atletas esforzados que ayudarán en breve á que se realice en el tiempo y el espacio el plan providencial de la verdad y el bien.

Mirad á la niñez! Asoma á su bello semblante una sonrisa misteriosa, y parece que se oye en el santuario de su espíritu algo como la plática del céfiro y las blancas azucenas. Acaso el ángel hechicero que la ha guiado por el camino de la Sabiduría, suspende para ella la marcha del tiempo para que guste la perfumada miel que en cáliz de diamante la ofrece, mientras noso-

tros entonamos el himno celestial de la esperanza, y la rendimos el noble tributo de nuestro entusiasmo parabien.

Ilustre viagera del mundo de la luz, niñez inmaculada que como águila te ciernes impulsada por la fé en las altas regiones de la idea, mirando de hito en hito el Sol de la verdad y el bien. La ciencia, es, por antonomasia, el tributo de Dios, y el florón más gallardo de las grandezas del hombre; para que el tuyo eternamente luzca espléndido, necesitas regarlo con el fresco rocío de las virtudes. Sé virtuosa, sé instruida para que tu alma angélica, al romperse el ánfora de tierra que la aprisiona, como á divino perfume, vuele al centro universal de toda vida, dejando en su peregrinación por el mundo la estela viva y pura de la inmortalidad.

DICE.

COMPOSICION LEIDA
POR LA NIÑA
CATALINA GOMEZ.

Como el dulce rumor que del bosque
Brotó al primer albor de nuevo día,
Que rasga de las nieblas el encaje,
Se alza de este recinto el oleaje
Armonioso de voces de alegría.

Son gratos y tiernísimos acentos,
Como el correr de arroyos argentinos
Que se abren entre guijas sus caminos,
Como el murmurio de apasibles vientos
O de las aves los brillantes trinos.

Bajo los artesones de este techo
La dicha en los semblantes se derrama;
Porque encontrando el corazón estrecho
Corre á escaparse, abandonando el pecho,
Y sale al rostro convertida en llama.

Una alegría inmensa aquí rebosa,
Vése en todos los labios la sonrisa,
Y en la atmósfera clara y vaporosa
Hay ráfagas de lirios, nardo y rosa,
Que va esparciendo embalsamada brisa.

tros entonamos el himno celestial de la esperanza, y la rendimos el noble tributo de nuestro entusiasmo parabien.

Ilustre viagera del mundo de la luz, niñez inmaculada que como águila te ciernes impulsada por la fé en las altas regiones de la idea, mirando de hito en hito el Sol de la verdad y el bien. La ciencia, es, por antonomasia, el tributo de Dios, y el florón más gallardo de las grandezas del hombre; para que el tuyo eternamente luzca espléndido, necesitas regarlo con el fresco rocío de las virtudes. Sé virtuosa, sé instruida para que tu alma angélica, al romperse el ánfora de tierra que la aprisiona, como á divino perfume, vuele al centro universal de toda vida, dejando en su peregrinación por el mundo la estela viva y pura de la inmortalidad.

DICE.

COMPOSICION LEIDA
POR LA NIÑA
CATALINA GOMEZ.

Como el dulce rumor que del bosque
Brotó al primer albor de nuevo día,
Que rasga de las nieblas el encaje,
Se alza de este recinto el oleaje
Armonioso de voces de alegría.

Son gratos y tiernísimos acentos,
Como el correr de arroyos argentinos
Que se abren entre guijas sus caminos,
Como el murmurio de apasibles vientos
O de las aves los brillantes trinos.

Bajo los artesones de este techo
La dicha en los semblantes se derrama;
Porque encontrando el corazón estrecho
Corre á escaparse, abandonando el pecho,
Y sale al rostro convertida en llama.

Una alegría inmensa aquí rebosa,
Vése en todos los labios la sonrisa,
Y en la atmósfera clara y vaporosa
Hay ráfagas de lirios, nardo y rosa,
Que va esparciendo embalsamada brisa.

Donde quiera que hay niños todo es flores,
Blandos aromas, limpias armonías,
Brillantes y magníficos olores,
Cielos sin nubes, cánticos de amores,
Ensueños de orientales fantasías.

¡Hélos allí!... Detienen el aliento
Las pequeñas obreras de la ciencia,
Que dejando vagar el pensamiento
En su afán apresuran el momento
De ver galardonar su inteligencia.

¡Qué grata se les hace la tarea
Ahora que el trabajo ha concluido
Y ya dá fruto el gérmen de la idea!.....
¡Cómo cada mirada centellea!
¡Cómo es voz de placer cada latido!

Su mente olvida las cansadas horas
En que el estudio desazon les diera,
Y ante si ven surgir otras auroras
Que despliegan sus alas seductoras
En porvenir que pronto les espera.

La Religión con maternal cariño
Un *mas allá* glorioso les señala,
Un *mas allá*, de nácar y de armiño,
En el que fuerza ya teniendo el niño,
No como ántes al andar resbala.

La fé sublime su heroísmo alienta
Y no temen los riesgos del combate,
Que aunque ruja en el cielo la tormenta
El relámpago no les amedrenta
Ni ante el peligro su valor se abate.

“*Adelante*, se dicen, adelante.
Nadie ceje, y es nuestra la victoria,
No hay que perder siquiera un solo instante.

Que en recompensa nuestro afán constante
Obtendrá los laureles de la gloria.”

Y allá van esos génios soñadores,
Que fervientes cultivan su talento,
Bendiciendo á sus nobles bienhechores,
Que por sendero de fragantes flores
Han sabido llevar su pensamiento.

Benditos sean, sí, los que protegen,
Llenos de caridad y de constancia,
Los puros sentimientos de la infancia,
Y que afanosos por premiarlos tejen
Blancas coronas de sin par fragancia!

El galardón que trémula recibe
La niñez, con un fausto sin segundo,
Con pluma de diamante en su alma escribe,
Y en sus sueños fantásticos concibe
Tener un nombre admiración del mundo.

Y lo tendrá, y en tiempo no lejano
Si á Dios invoca en la tarea ruda,
Porque á Dios nadie invoca nunca envano;
Y Dios la oirá, la tenderá su mano,
Y el triunfo le dará al darle su ayuda.

Que en recompensa nuestra a la constante
 Obtendrán las laureas de la gloria
 Y allí van esos campos y jardines
 Que reverenté en la vida y en la muerte
 Bendiciendo a sus nobles patronos
 Que por su amor de la vida eterna
 Han sabido llevar su patrimonio
 Benditos sean el los que por su amor
 Llenos de caridad y de conciencia
 Los puros sentimientos de la infancia
 Y que al fin por premio les han dado
 Bienos, coronas de su pur legación
 El galardón que merecen recibir
 La vida, con un alma sin segundo
 Con pluma de diamante en su alma escrita
 Y en sus suaves brazos convida
 Tener un cuerpo alabación del mundo
 Y lo tendrá y en tiempo no lejano
 Si a Dios honra con el amor vida
 Porque a Dios todo merece su amor
 Y Dios la obra le corona su amor
 Y el premio le dará al fin su amor



DAD AUTÓNOMA DE NUEVO
 CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA



00